



MAR DE AZOF.

T. VI. p. 137.

HISTORIA

DE

LA TURQUIA

LIBRO VIGÉSIMO QUINTO

I

Mucho tiempo debia pasar ántes de que tomara el niño las riendas del gobierno, que empuñaba su madre. La sultana Kœsem, madre de Amurat IV, mujer acostumbrada á gobernar bajo Ahmed I, jóven aun y hermosa, unida por afecto é interés con los hombres eminentes del imperio, dotada de penetracion y de prudencia, ambiciosa por su situacion, sino por

naturaleza, habia sabido salvar desde el fondo del antiguo serrallo los dias de su hijo y preparar su advenimiento.

La sultana Validé, madre de Mustafá I, intimidada por el ascendiente que la sultana Kœsem ejercia sobre el divan y el pueblo, habia retrocedido ante el asesinato muy frecuentemente propuesto de su rival y de Amurat. El de Othman II habia sido muy mal mirado por el pueblo y habia suscitado demasiada animadversion para que se atreviera á atentar á la vida de los demas hijos de Ahmed. Los otomanos no le hubieran perdonado que cortase en pro de un príncipe débil y estúpido las raices vivas de la dinastía imperial. A estos escrúpulos debia Amurat la vida y el trono. La mano de su madre, que lo habia llevado á él era la única que podia sostenerlo.

Amurat IV no era mas que un niño, y niño enfermizo. Su precoz inteligencia, madurada en el recogimiento del antiguo serrallo por una madre cuidada, se hallaba, no oscurecida, pero sí eclipsada por una enfermedad heredada de su padre. Algunos accesos epilépticos le presagiaban una vida corta y un reinado convulsivo, como los espasmos de su alma. Su rostro ovalado, pálido, melancólico, pero expresivo y penetrante, recordaba las facciones de la sultana Kœsem, apellidada Mahpetker ó esplendor de

luna; sus cabellos y sus cejas eran negros como los de esta esclava persa; sus ojos grandes, bien rasgados y de un azul sombrío, eran dulces mirando con reposo; pero la menor emocion de las pasiones removidas en el fondo de su alma imprimia á sus miradas, dice la narracion veneciana, un carácter de extravío y de amenaza que pronosticaba la tiranía. Su madre, representada por todos los analistas de la época con una alma grande y un carácter elevado, lo habia habituado desde la niñez á dominar y á querer con el capricho absoluto y pronto de una mujer. Educado por espacio de doce años entre el trono y el cordón bajo el terror de su incierta suerte, no sabiendo si iba á ser víctima ó verdugo, se habia hecho receloso y feroz á la vez. Esta educacion parecia muy bien combinada para formar un príncipe sanguinario. Con efecto, produjo su fruto: Agripina tenia un Neron.

II

Sucedieron las ceremonias de su circuncision y la de su investidura religiosa del sable de Othman en la mezquita de Aiub. Su madre le dictó los nombres

de los visires á quienes debia encomendar el mando hasta que pudiera él mismo ejercerlo. Keman-Kesch Ali-bajá, autor de la revolucion que acababa de llevarla desde el fondo del antiguo serrallo al lado del trono de su hijo, fué mantenido por ella en las funciones de gran visir. No habia hombre más interesado que Ali-bajá en sostener lo que él habia creado.

Ali, que habia sido secundado tan valerosamente en este movimiento popular por el muftí Yahya, se apresuró á ser ingrato por miedo de verse sujeto á la autoridad moral de su cómplice; depuso al muftí y lo alejó de la capital. En su lugar nombró al antiguo muftí Ezaad, nieto de Seadeddin, hombre estimado por sus virtudes, pero cuya elevacion no debia servir mas que para cohonestar la injusticia cometida con Yahya, y preparar esta dignidad para Bostanzade, suegro de Ali. Mandó arrestar y conducir á las Siete Torres al antiguo gran visir Gurdji-Mohammed y al capitán-bajá Khalil, suponiendo una conspiracion contra el jóven sultan. Su único crimen consistia en contrariar su ambicion en el divan. El kiaya de los genízaros Beiram, que habia arengado á los soldados en el cuartel contra Meri-Hussein, y provocado la coalicion de los genízaros y de los spahis en favor del destronamiento de Mustafá I, fué nombrado aga de esta milicia, y recibió por esposa á una hermana del sul-

tan. El capitán Redjeb-bajá se casó con otra. Hafiz-bajá, gobernador de Diarbekir y hombre de grandes esperanzas, se habia casado ya con la mayor de estas tres hermanas.

III.

El advenimiento de Amurat IV coincidia tristemente no solo con la rebelion de Abaza en Anatolia, sino con la caida de Bagdad en poder de los persas.

Schah-Abbas, tan digno del nombre de Grande entre los persas, como Soliman II entre los turcos, habia continuado negociando, reinando y combatiendo desde su infancia, hasta que todas las provincias de la Persia antigua, desmembradas en tiempo de sus predecesores, volvieron á entrar sometidas y pacificadas en el vasto cuadro de su imperio. Mas discreto que Gengis y Timur, en vez de gastar las fuerzas de su pueblo en invasiones precarias y aventuradas en las Indias, ó en la Turquía, Schah-Abbas se habia limitado á consolidar el núcleo primitivo de la Persia, juzgando con la sagacidad de un hombre de estado, que la posteridad no glorifica á los aventureros

sino á los fundadores, y que no mide la fama de un grande hombre por el espacio que ha recorrido, sino por el imperio que ha organizado.

Sus últimas guerras contra los turcos, contra los uzbeks, no habian sido mas que guerras defensivas para reconquistar de los otomanos á Tauris y á Bagdad. Al fin de cada campaña victoriosa, oia ó enviaba él mismo proposiciones de paz ó de tregua. Sus embajadores acababan de llevar á Mustafá I presentes dignos de la suntuosidad del Oriente. Pero estos mismos embajadores habian podido descubrir en la imbecilidad del sultan, en la anarquía del serrallo, en la rebelion impune de Abaza, la decadencia del imperio y la facilidad de arrancarle otro fragmento. No obstante, Schah-Abbas aguardaba, como los hombres que ven la corriente de las cosas humanas rodar por el carril de su fortuna. Jamás declaraba la guerra á un pueblo, cuyas calamidades auxiliaban sus proyectos. Sabia esperar, tenia paciencia, que es la cualidad eminente y práctica de los que dejan madurar los acontecimientos.

Su última victoria contra los turcos para recuperar á Tauris estuvo á punto de costarle la vida. Al caer el dia, miéntras que sus soldados vencedores traian multitud de prisioneros turcos y kurdos al campamento, se habia sentado á beber el sorbete en

un altillo cerca del cual pasaban los cautivos. Entre ellos apercibió á un guerrero de una estatura colosal, conducido por un soldado persa muy jóven. Mandó acercar al prisionero y le preguntó por su país y su familia. « Yo soy, respondió el gigante encadenado, « de la raza de los kurdos, y de la tribu de los Mu-
« kris. »

A esta respuesta, Schah-Abbas, recordando que tenia entre sus generales á un kurdo, tráfuga de su nacion y enemigo implacable de esta tribu, mandó poner al prisionero de guerra en poder de su compatriota, llamado Rustem-Beg, para que lo hiciera su esclavo, ó su huésped, segun le acomodase. Pero Rustem-Beg, que se hallaba en aquel momento sentado entre los convidados del rey, rehusó con nobleza el presente que se le ofrecia : « Mi honor exigiria en verdad, dijo á Schah-Abbas, que me vengase de ese enemigo de mi familia, pero he jurado « no abusar jamás de la debilidad de un enemigo desarmado, cautivo y desgraciado, para satisfacer mi « venganza. »

Schah-Abbas, embriagado con el vino que acababa de beber y con la cólera que lo animaba contra los kurdos, olvidó su magnanimidad ordinaria é hizo señal de que cortasen la cabeza al prisionero. Al ver el gesto, el kurdo que era de musculatura férrea,

rompe con un esfuerzo las cuerdas que lo sujetaban, se apodera de un puñal que llevaba en la cintura un jefe persa, y se precipita sobre el rey, para morir por lo ménos inmolando ántes al enemigo de su raza. En la confusion de la lucha, las antorchas que iluminaban la mesa caen y se apagan; los guerreros de Abbas se levantan para socorrerlo; pero las manos buscan á tientas las manos en las tinieblas; el hierro se cruza con el hierro; los puñales están alzados, y nadie se atreve á herir por temor de clavar su arma en el corazon de un amigo; por fin se oye la voz de Abbas que se agita derribado en el suelo: « Yo tengo su mano, y le he arrancado el puñal; herid sin miedo de tocarme. »

A estas palabras, los servidores y los convidados dieron cien puñaladas al coloso kurdo, enlazado en tierra con el cuerpo del rey. Las antorchas vuelven á encenderse y alumbran el vino y la sangre que corren confundidos por la alfombra de la tienda. Abbas, sin perder nada de su sangre fria, se habia sentado de nuevo delante de su tienda, y habia continuado durante la noche bebiendo y contando las cabezas que sus soldados echaban á sus plantas.

Poco tiempo despues habia recobrado la isla y el opulento puerto de Ormus, que poseian los portugueses. Un embajador inglés, Dodmore Cotton, repre-

sentante de la compañía de las Indias, habia venido con un séquito de caballeros de su nacion á felicitarlo por esta conquista, y á concluir con la Persia un tratado de comercio. Estos enviados refieren, en la relacion que hicieron á la compañía de las Indias, el suntuoso recibimiento que les hizo Abbas el Grande.

« Sir Dodmore Cotton y los caballeros que lo acompañaban, aguardaron un poco en una antecámara ántes de ser presentados, y en vez del café que se ofrece comunmente en semejantes casos, hallaron una suntuosa mesa, servida con platos de oro y abundantes vinos, encerrados en frascos de oro maticado escanciados en vasos del mismo metal. Desde aquella habitacion fueron conducidos á través de otros dos apartamentos, espléndidamente decorados, llenos de vasijas de oro enriquecidas de pedrería, que contenian agua de rosa, flores y vino, al salon de recepcion; los magnates de la corona estaban allí colocados al rededor de las paredes como si fueran estatuas; ninguno de ellos hacia el menor movimiento; todo yacía en profundo silencio. Jóvenes hermosos, con turbantes magníficos y trajes bordados, llevaban copas llenas de vino y las presentaban á los que deseaban beber.

« Abbas estaba vestido sencillamente de paño en-

« carnado, sin ningun adorno; solo el puño de su sa-
 « ble era dorado; los principales señores, que esta-
 « ban sentados junto á él, iban vestidos con mayor
 « lujo, y se veía al rey en medio de aquel aparato de
 « riqueza y esplendor afectando sencillez. Tal vez sus
 « pretensiones de hombre religioso exigian que mos-
 « trase en público su desprecio á las vanidades del
 « mundo.

« El embajador expresó por medio de su intérprete
 « el objeto de su mision; se trataba de formar una
 « alianza contra los turcos; de obtener una satisfac-
 « cion en favor de sir Roberto Sherley, caballero in-
 « glés al servicio de Schah-Abbas, que habia sido
 « injuriado y saqueado por un señor persa.

« La respuesta del rey, dice la narracion, fué en-
 « teramente graciosa. Manifestó el desprecio que le
 « inspiraban los turcos, prometió obligar á los hijos
 « del señor que habia muerto á dar una satisfaccion
 « á sir Roberto Sherley, y ofreció por último recibir
 « todos los años paño inglés en cambio de mil paque-
 « tes de seda que entregarían sus servidores á los
 « agentes ingleses en Gombron. Dícese que Abbas se
 « divirtió mucho con la dificultad que hallaba sir
 « Dodmore Cotton para sentarse con las piernas cru-
 « zadas, segun la costumbre del país; pero querien-
 « do complacer á su huésped, pidió un vaso y bebió

« á la salud del rey de Inglaterra; el embajador se
 « levantó al oír el nombre de su soberano y descu-
 « brió su cabeza; Abbas se sonrió y se quitó tambien
 « el turbante para demostrar que tomaba parte en
 « aquella muestra de respeto al rey de Inglaterra.

« El único pensamiento de este príncipe, en el
 « colmo de su gloria, era pacificar sus estados, dicen
 « estos embajadores europeos. No era severo por ca-
 « rácter, sino por cálculo. Sabia que el gobierno des-
 « pótico descansa en la sumision completa, y el mie-
 « do á la autoridad del monarca. Logró este fin, y la
 « larga paz de que hizo gozar á la Persia debe ser atri-
 « buida á sus prudentes medidas. Trabajó con mas afan
 « que ningun otro soberano en la mejora y bienestar
 « de su reino. Eligió á Ispahan para capital de su im-
 « perio, y la poblacion de esta ciudad llegó casi á do-
 « blarse durante su vida. La gran mezquita, el sober-
 « bio palacio de Chehel-Setoon, las hermosas aveni-
 « das y los palacios llamados Char-Bagh, ó los *cuatro*
 « *jardines*, el puente principal sobre el rio Zainderood
 « y otros muchos suntuosos edificios de la ciudad y
 « de los arrabales, fueron edificados por este príncipe.
 « Mushed le debió tambien obras muy importantes.
 « Mandó construir á mucha costa una calzada que
 « atraviesa todo el Mazenderan, haciendo con ella
 « practicable aquel pais para los ejércitos y los viaje-

« ros en todas las épocas del año. Echó puentes sobre
 « todos los ríos de la Persia; y á su munificencia debe
 « el viajero las carabanerías espaciosas y sólidas que
 « halla en todo el pais.

« Tenia cuatro hijos, que habia mirado con deleite
 « miéntras llegaron á la edad viril, y mostraron las
 « grandes y nobles cualidades que les deseaba como
 « padre; pero cuando se vieron satisfechos los votos
 « de su corazon, no pudo sufrir que los ojos de sus
 « vasallos se volvieran á otra persona mas que á la
 « suya. Abrigó sospechas de la ambicion prematura
 « de Sophi Mirza, su hijo primogénito. »

Se creia que este jóven príncipe, dotado del heroísmo y la magnanimidad de su padre, habia conspirado contra la vida de Abbas, por resentimiento del suplicio que el rey habia mandado infligir á un favorito corruptor de su hijo. Abbas, como Constantino y Soliman, olvidó que era padre, para acordarse que era juez y rey. Confió su dolor y su resolucion de castigar á su hijo, á uno de sus generales, llamado Karatchy-khan, vencedor de los turcos y el mas firme sostenedor de su trono; le rogó que se encargara él mismo de descargar el golpe sobre su hijo, como habia descargado sobre sus enemigos, puesto que este hijo meditaba el paricidio. El viejo khan se arrojó á los piés de su señor, y le suplicó que le quitara la

vida ántes de hacérsela aborrecible, forzándolo á ser el asesino de un príncipe tan generoso.

Abbas no le instó mas; pero pronto halló en Beh-Bood-khan un instrumento mas dispuesto á servirlo. Este señor, como para vengar una injuria particular, hirió al príncipe en el momento en que montaba á caballo en el patio mismo del palacio, y se refugió en la caballeriza del rey. El monarca, aparentando el respeto que un uso antiguo hacia sagrado aquel asilo, impidió la ejecucion del culpable. Si la hubiese permitido, decia él, hubiera prejuzgado su causa y despertado sospechas en un negocio que se necesitaba esclarecer; era preciso suspender todo procedimiento hasta que el hijo de Sophi-Marza, que era aun niño, estuviese en edad de pedir venganza de la sangre de su padre, pero hasta este velo se desgarró muy pronto; Beh-Bood-khan abandonó su asilo y fué elevado á empleos distinguidos. Por eso se sabe con placer que este miserable halló al fin una recompensa digna de su infamia.

Apénas se consumó el crimen, sintió Abbas crueles remordimientos, y buscó ocasiones para hacer perecer á los cortesanos que habian envenenado su alma contra un hijo que, segun se dice, lloró despues sinceramente. Pero reservó para Beh-Bood el suplicio mas atroz; mandó á este vasallo obediente

que le trajera la cabeza de su propio hijo. El vil esclavo obedeció. En el momento en que le presentó la cabeza del jóven, Abbas, con la sonrisa amarga del desprecio le preguntó qué era lo que sentía: « Soy muy desgraciado, » le respondió Beh-Bood. — « Tú « serás feliz, Beh-Bood, » dijo Abbas, « porque eres « ambicioso, y tu corazon se halla ahora en el mismo « estado que el de tu señor. »

Poco despues de la muerte de Sophi-Mirza, su cruel padre, siempre receloso, hizo arrancar los ojos á sus otros dos hijos. Si se ha de dar crédito á un escritor contemporáneo francés, el fin de uno de estos príncipes fué acompañado de circunstancias muy trágicas. Este jóven, cuyo nombre era Khoda-Bendeh, fué tan valiente y entendido como su hermano mayor; y sabia además evitar con prudencia todo lo que podia suscitar los celos y las sospechas de su padre. Alejaba de su lado á los aduladores, y rechazaba hasta las alabanzas que merecian sus nobles acciones. Esta conducta realizaba la gloria que causaba su peligro.

La primera prueba que dió Abbas de sus recelos fué dar muerte al hombre que era tutor y amigo íntimo de su hijo. Sabiendo que el único crimen de este servidor era el profundo respeto que tenia á su amo, el jóven príncipe se presentó en la córte, y allí, dando rienda suelta á su justa indignacion contra lo que

habia hecho Abbas, olvidó toda su prudencia, sin pensar en su propia seguridad. Dícese que se irritó hasta la demencia, y que se atrevió á desenvainar la espada en presencia de su padre y de su rey. Al momento fué dada la orden de su muerte; pero Abbas consintió en que solo se le privara de la vista.

Condenado á las tinieblas, el príncipe cayó en una sombría desesperacion: nada podia agradarle ya, y pasaba su vida forjando vanos proyectos é inútiles planes de venganza contra el autor de su vida y de sus infortunios. Tenia dos hijos; una amable niña llamada Fátima, que era el ídolo de su abuelo, y que ejercia en él un influjo extraordinario. Abbas parecia desgraciado cuando la pequeña Fátima no estaba junto á él; solo su voz podia dulcificar los accesos violentos de las terribles pasiones que lo dominaban. El príncipe oía con feroz deleite lo que le decian acerca del ascendiente de su hija y de la necesidad que tenia el rey de ella para ser feliz.

Un dia, en que iba á jugar en sus brazos, la cogió con la furia de un insensato y en el mismo instante la ahogó. La madre estupefacta gritaba y le decia que acababa de matar á su hija querida; en vez de escucharla, se levanta para cojer á su tierno hijo y saciar igualmente en él su bárbaro furor. La desolada princesa logra arrebatárle el niño y manda prevenir

á Abbas. La rabia y la desesperacion del monarca al ver aquel horror, dieron á su hijo un momento de alegría; el miserable gozó ávidamente de su espantosa venganza, y puso fin á tan atroz escena bebiendo un veneno que le quitó instantáneamente su desventurada vida.

Este príncipe expió, como todos los déspotas del Oriente, la grandeza de su poder exterior con las angustias de su vida doméstica. El sistema dinástico del Oriente convertía á los hijos y los hermanos en enemigos presuntos de su propia estirpe. Este sistema forzaba á los reyes ó los sultanes á ultrajar á la naturaleza, y la naturaleza se vengaba atormentando el corazón de los sultanes y de los reyes.

IV

Tal era el estado de la Persia, y tal era el apogeo de grandeza y de miseria de Schah-Abbas en el momento en que un niño epiléptico subía en Constantinopla al trono de un tío idiota. De todo lo que la Persia quería rescatar de los turcos, Bagdad era la única ciudad que faltaba á la gloria y la ambicion de Abbas.

Pero Bagdad, aunque nominalmente sometida á los turcos, se agitaba en una independencía, á la que solo faltaba en realidad el nombre de rebeldía. Esta antigua y espléndida capital de la Arabia y de los khalifás se hallaba destrozada por los bajás rebeldes del sultan, y los jefes de facciones árabes, que le imponían sucesivamente la dominacion de sus tribus del desierto. Ella sola constituía un imperio perdido en los confines de la Mesopotamia. Las revoluciones intestinas de esta provincia y de esta capital ofrecían tanta movilidad, dramas y sangre como Ispahan ó Constantinopla.

Poco tiempo ántes del advenimiento de Amurat IV, el gobierno de Bagdad, medio turco y medio árabe, estaba dividido de hecho entre el gobernador civil y el beglerbeg ó gobernador militar. El civil era árabe, el militar otomano; de ahí las discusiones incesantes de raza y de atribuciones entre estos dos poderes rivales.

El gobernador civil ó subaschi, era Bekir, jefe de tribu de mucha autoridad en la ciudad y en el Desierto. Tenía á sus órdenes mil doscientos caballos (azabs) que contrarrestaban la fuerza militar del beglerbeg Yusuf-Bajá. Bekir no obedecía á la Puerta sino á condicion de reinar en su patria.

Un día, miéntras que Bekir recorría las tiendas de

su tribu plantadas en el campo, su hijo, el joven Mohammed, suponiéndose amenazado por el beglerbeg, sublevó la ciudad en nombre de la popularidad de su padre y volvió los cañones de las murallas contra la ciudadela. El padre mandó degollar al saber esto á quinientos soldados turcos, que habia sacado pérfidamente fuera de la ciudad, con el pretexto de que lo ayudaran á levantar los tributos; luego entró con sus árabes en Bagdad y continuó bloqueando á Yusuf en el castillo. Uno de sus rivales de popularidad en la poblacion Mohammed-Aga, partidario del beglerbeg Yusuf, viendo la ciudadela próxima á rendirse, salió de ella y fué con sus dos hijos á implorar la generosidad de Bekir. El implacable árabe los hizo meter á los tres en una barca llena de betun y azufre encendidos, y abandonándolos á la corriente del Tigris, se sentó en la orilla para presenciar el suplicio y oír los gritos de sus víctimas.

Yusuf habia capitulado y retirádose fuera de la ciudad.

V

Bekir reinaba solo bajo el falso nombre de los turcos. Prohibia á los bajás que enviaba la Puerta la en-

trada en Bagdad. Indignada la Puerta nombró por fin á Hafiz, bajá de Diarbekir, serdar ó general en jefe de una expedicion contra Bekir. Los gobernadores de las provincias de Merasch, Mossul, Amasia, Sivas y toda la Mesopotamia tenían orden de reunir sus tropas con su ejército. Los kurdos lo alcanzaron en Mossul, mandados por el beg del Kurdistan.

Obligado á retroceder para hacer frente á Abaza, bajá insurrecto de Merasch, que avanzaba por su flanco derecho, envió la mitad de su ejército por delante á que acampara bajo los muros de Bagdad. Bekir hizo una salida, y sin aceptar la batalla, hostigó con sus pelotones de ginetes árabes el ejército inmóvil de los turcos, encerrado entre el desierto y la ciudad. Hafiz, que habia llegado con el resto de sus fuerzas dertrozó á cañonazos á los árabes de Bekir, y despues de la victoria, levantó en el desierto delante de su tienda, una pirámide de dos mil cabezas de rebeldes, pasó el Tigris y sitió la ciudad por la parte del castillo *del Ave*, principal reducto de Bagdad sobre el rio.

Estrechado por Hafiz, de quien no esperaba gracia, Bekir ofreció por medio de sus emisarios la ciudad á los persas, si lo querian socorrer contra Hafiz. Schah Abbas, siempre atento á los sucesos que podian volver á la Persia la mas sentida de sus provincias y la

mas espléndida de sus capitales, hizo avanzar treinta mil hombres á las órdenes de su mejor general Sophi-Kuli-khan.

Al acercarse estas tropas, Bekir, cambiando de repente; propuso á Hafiz la defensa en comun de Bagdad contra los persas, llamados por sus intrigas á condicion de ser investidos por la Puerta con el gobierno hereditario de la ciudad. Hafiz respondió á esta proposicion levantando el puñal contra el enviado de Bekir. Al dia siguiente, Bekir se habia declarado súbdito de Schah-Abbas, y enviaba insolentemente, no ya en nombre suyo, sino en el del rey de Persias una intimacion á Hafiz para que evacuara con su ejército el territorio persa. Uno de los trescientos señores persas que entraron en la ciudad de Bagdad era portador de la intimacion.

« Nosotros no estamos en territorio persa, respondió Hafiz, estamos aquí para castigar á un rebelde, « y nuestra mision no puede turbar la paz de los dos « reinos. »

« — El ave que cae en la red pertenece al cazador, » replicó el enviado.

« — El ave de que hablas está en nuestra jaula » repuso el serdar con la mano en la cimitarra, « si se « escapa y cae en vuestras redes, no lo perseguire- « mos.

« — ¡Tregua de vanas palabras! » gritó orgullosamente el persa; « alejáos de los muros de Bagdad, ó « Kartschghaikhan sabrá arrojaros muy pronto.

« — ¡Si la paz es violada, » replicó Hafiz-bajá, « que la infraccion caiga sobre vuestra cabeza! »

VI

En el momento en que estos combates, estas negociaciones y estas traiciones tenian en suspenso la suerte de Bagdad, el gran visir enviaba á Bekir el título de bajá, de gobernador hereditario de la ciudad y de defensor de la *casa de la salud*, apellido religioso de la capital de los khalifas. Esta satisfaccion de la ambicion de Bekir hizo de este árabe, traidor á los otomanos, uno mas traidor todavía á su nuevo señor. Mandó venir á su presencia, uno tras de otro á los trescientos persas que habia introducido en el castillo *del Ave*, los mató é hizo colgar los trescientos cadáveres en las almenas de la ciudad para aterrar al ejército persa. Solo conservó á uno para que llevase á Schah-Abbas la noticia de su traicion. « Vida larga al rey Schah-Abbas, » decia irónicamente en este